

www.elboomran.com

ILIÁ EHRENBURG

GENTE, AÑOS, VIDA

(MEMORIAS 1891-1967)

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE MARTA REBÓN

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Люди, Годы, Жизнь*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Iliá Ehrenburg Estate / Publicado con el acuerdo
de Elena Kostioukovitch International Literary Agency

© de la traducción, 2014 by Marta Rebón

© de la ilustración de la cubierta, by Archivo fotográfico
de Iliá Ehrenburg y Borís Frezinski

© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Este libro ha recibido una subvención de la Mikhail Prokhorov
Foundation (programa de traducción TRANSCRIPT)



transcript

En la cubierta, fotografía de El Lisitski

ISBN: 978-84-16011-06-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 2436-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*
PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LIBRO PRIMERO	7
LIBRO SEGUNDO	302
LIBRO TERCERO	537
LIBRO CUARTO	825
LIBRO QUINTO	1177
LIBRO SEXTO	1438
LIBRO SÉPTIMO	1829

Abreviaturas 1995

Periódicos y revistas rusos citados 1997

Índice de nombres 2001

LIBRO PRIMERO

I

Hace tiempo que me apetece escribir sobre varias personas con quienes me he encontrado a lo largo de la vida, sobre algunos acontecimientos de los que he sido partícipe o testigo, pero más de una vez he aplazado el trabajo, bien porque me lo impedían las circunstancias, o porque me asaltaba la duda de si lograría reconstruir la imagen de una persona, de un cuadro desteñido por el paso de los años, de si podía confiar en mi memoria. Ahora, con todo, emprendo la escritura de este libro: es imposible demorarlo por más tiempo.

Hace treinta y cinco años, en unos apuntes de viaje, escribí: «Este verano, en Abrámtsevo, miraba los arcos del jardín, los cómodos sillones. Aksákov¹ sí que tuvo tiempo para reflexionar acerca de todo. Su correspondencia con Gógol es la descripción pausada de un alma y de una época. Y nosotros, ¿qué dejaremos? Acuses de recibo: “Percibí 100 rublos (cien rublos)”. Nosotros no tenemos arcos ni sillones, reposamos del devastador ajeteo de las redacciones y de las antecámaras en el compartimento de un vagón o en la cubierta de un barco. Esto, sin duda, tiene una lógica. El tiempo se ha provisto de un motor de gran cilindrada. Y a un automóvil

¹ Serguéi Aksákov (1791-1859), eslavófilo que inició su trayectoria literaria ejerciendo de traductor. Como escritor, conoció un éxito tardío, cuando se retiró a Abrámtsevo, una finca a las afueras de Moscú que pertenecía a su familia. En esta finca desarrolló una vida artística muy activa: recibía las visitas de Gógol, Turguéniev o Lev Tolstói entre otros, en una época en que se sostenía un apasionado debate sobre las corrientes de la eslavofilia y el occidentalismo. (*Todas las notas son de la traductora*).

no se le puede gritar: “¡Detente, quiero verte con todo detalle!”. Sólo es posible hablar de la luz fugaz de sus faros. O bien—es otra posibilidad—ir a parar bajo sus ruedas».

Muchos de mis coetáneos han acabado bajo las ruedas del tiempo. Si yo he sobrevivido no ha sido por ser más fuerte o más sagaz que ellos, sino porque hay épocas en que el destino del hombre se asemeja más a una lotería que a una partida de ajedrez jugada conforme a todas las reglas.

No me faltaba razón al decir, hace ya mucho tiempo, que nuestra época dejaría pocos testimonios vivos. Eran contadas las personas que llevaban un diario. Las cartas se distinguían por su brevedad, su carácter práctico: «Estoy vivo, ando bien de salud». Escaseaban también los libros de memorias. Esto obedece a muchas razones. Me detendré en una de ellas, de la cual tal vez no todo el mundo haya tomado conciencia: hemos estado en desacuerdo demasiado a menudo con nuestro pasado para poder pensar en él como es debido. En medio siglo han cambiado multitud de veces nuestras valoraciones sobre las personas y los acontecimientos; las frases quedaban a medias; las ideas y los sentimientos sucumbían a la influencia de las circunstancias. El camino discurría por tierras vírgenes y la gente caía por los precipicios, resbalaba, se aferraba a las ramas espinosas de un bosque muerto. En ocasiones, la falta de memoria la dictaba el instinto de conservación: no se podía avanzar con los recuerdos del pasado, pues ataban los pies. De niño, oí un proverbio que dice así: «La vida es dura para quien lo recuerda todo», y luego me convencí de que nuestra época ha sido demasiado difícil para cargar con todo el peso de los recuerdos. Incluso acontecimientos que conmovieron tanto a los pueblos como las dos guerras mundiales no tardaron en convertirse en historia. Los editores de todos los países dicen ahora: «Los libros de temática bélica no se venden». Hay quien ya no recuerda el pasado, hay quien no quiere saber nada de él. Todos miran hacia delante y eso, por supuesto, es bueno; pero los antiguos romanos no

adoraban a Jano por capricho. Jano tenía dos caras no porque fuese un hipócrita, como se suele decir, sino porque era sabio: una de sus caras se hallaba vuelta hacia el pasado, la otra hacia el futuro. El templo de Jano se cerraba únicamente durante los años de paz y, en un milenio, eso sólo sucedió nueve veces: la paz, en Roma, era un acontecimiento de lo más insólito. Mi generación no se parece a la de los romanos, pero también nosotros podemos contar con los dedos de una mano los años más o menos tranquilos. No obstante, y en esto nos diferenciamos de los romanos, nosotros consideramos que sólo hay que pensar en el pasado en épocas de paz consolidada...

Cuando los testigos callan, nacen las leyendas. A veces hablamos de «asaltar Bastillas», si bien nadie tomó al asalto la Bastilla. El 14 de julio de 1789 no fue más que uno de los episodios de la Revolución francesa; los parisinos penetraron con facilidad en la prisión, donde resultó que había muy pocos reclusos. Sin embargo, el día de la toma de la Bastilla se convirtió para los franceses en la fiesta nacional de la República.

Las imágenes que llegan de los escritores a las generaciones siguientes son convencionales y, a veces, se hallan en total contradicción con la realidad. Hasta hace poco Stendhal era considerado por los lectores un ser egoísta, un hombre absorto en sus propias vivencias, cuando en verdad era sociable y aborrecía el egoísmo. Se da por hecho que Turguéniev amaba Francia, pues vivió allí un largo período de su vida e hizo amistad con Flaubert; en realidad, no comprendía a los franceses y no le caían muy simpáticos. Otros dan por sentado que Zola fue un hombre concedor de todo tipo de tentaciones, sólo ven en él al autor de *Naná*; otros, acordándose del papel que desempeñó en la defensa de Dreyfus, ven en él al hombre público, al tribuno apasionado; pero Zola, un orondo cabeza de familia, tenía un pudor fuera de lo común y, salvo en los últimos años de su vida, se mantuvo alejado de las tormentas sociales que se abatieron sobre Francia.

Cuando paso por la calle Gorki, veo a un hombre de bronce de aspecto sumamente arrogante, y cada vez me sorprende sinceramente de que sea el monumento a Maiakovski, tan diferente es la estatua del hombre al que yo conocí.

Antes era preciso que transcurrieran décadas, a veces incluso siglos, para que se forjaran las figuras legendarias; ahora no sólo los aviones atraviesan, veloces, los océanos, y la gente se desgaja al instante de la tierra y olvida la mezcla de colores y la complejidad de sus relieves. A veces tengo la impresión de que cierta ofuscación de la literatura—que en la segunda mitad de nuestro siglo se percibe en casi todas partes—está relacionada con la rapidez con que el día de ayer se transforma en algo convencional. El escritor retrata muy pocas veces a los hombres tal y como existen en la vida real, los Ivánov, Durand o Smith. Los protagonistas de las novelas son una amalgama compuesta por multitud de personas que el escritor ha conocido, por su propia experiencia y por su concepción del mundo. ¿Acaso la historia trabaja como un novelista? ¿Es que los hombres vivos le sirven de prototipos que ella refunde para escribir novelas, buenas o malas?

Todo el mundo sabe hasta qué punto pueden ser discordantes los relatos de los testigos de uno u otro acontecimiento. A fin de cuentas, por muy buena fe que tengan, en la mayoría de los casos los jueces deben fiarse de su propia perspicacia. Cuando los autores de memorias afirman retratar su época con imparcialidad, lo que casi siempre hacen es describirse a sí mismos. De habernos creído la imagen de Stendhal creada por Mérimée, su amigo más íntimo, nunca habríamos comprendido cómo un hombre mundano, ingenioso y egocéntrico pudo describir las grandes pasiones humanas. Por fortuna, Stendhal nos dejó sus diarios. La tormenta política que azotó París el 15 de mayo de 1848 fue descrita por Hugo, Herzen y Turguéniev y, cuando leo sus escritos, me parece que hablan de acontecimientos distintos.

A veces, la divergencia entre los testimonios viene dictada por diferentes maneras de pensar y sentir, pero, otras, está relacionada con la habitual desmemoria. Diez años después de la muerte de Chéjov, personas que lo conocieron bien no lograban ponerse de acuerdo sobre el color de sus ojos: ¿eran castaños, grises o azules?

La memoria conserva ciertas cosas y desecha otras. Me acuerdo con todo detalle de algunas escenas de mi niñez y de mi adolescencia que no son, ni por asomo, las más importantes; recuerdo a algunas personas y a otras las olvidé por completo. La memoria se asemeja a los faros de un vehículo que, de noche, ora iluminan un árbol, ora una garita, ora a un hombre. Las personas—en particular, los escritores—que relatan con elegancia y precisión sus vidas a menudo llenan las lagunas con suposiciones; es difícil discernir dónde acaban los auténticos recuerdos y dónde empieza la novela.

No tengo la intención de contar el pasado de manera ordenada, pues me repugna mezclar los hechos reales con invenciones; además, he escrito muchas novelas sirviéndome de recuerdos personales como material para la ficción. Hablaré de ciertas personas y de diversos años, alternando los recuerdos con mis pensamientos sobre el pasado. Por tanto, este libro hablará más de mí que de mi época. Hablaré, por supuesto, de muchas personas que he conocido: políticos, escritores, artistas, soñadores, aventureros. Los nombres de algunos de ellos hoy son conocidos por todos, pero no soy un cronista imparcial y serán sólo tentativas de retratos. Asimismo me esforzaré en describir los acontecimientos, tanto los de envergadura como los insignificantes, no en orden cronológico sino con relación a mi pequeño destino y en función de mis pensamientos actuales.

Nunca he llevado un diario. Mi vida ha sido más bien agitada y no he podido conservar las cartas de mis amigos. Me vi obligado a quemar centenares de ellas cuando los fascistas ocuparon París y, más tarde, mi tendencia, más que a conser-

varlas, fue a destruirlas. En 1936, escribí una novela titulada *Kniga dlia vzroslij* [Libro para adultos], que se diferencia de mis demás novelas porque en ella intercalé páginas de memorias. Aprovecharé ciertos pasajes de ese viejo libro.

Considero que sería prematuro publicar algunos capítulos porque tienen que ver con personas vivas o con acontecimientos que todavía no pertenecen a la historia, y me esforzaré en no tergiversar nada de manera consciente, en olvidarme del oficio de novelista.

La piedra es siempre fría, por naturaleza es diferente al cuerpo humano; sin embargo, desde tiempos inmemoriales, los escultores han utilizado el mármol, el granito o incluso el metal—el bronce—para representar al hombre. Sólo recurrieron a la madera para realizar obras decorativas, aunque la madera, por supuesto, es mucho más próxima a la carne. La piedra cautivaba a los escultores porque es difícil de trabajar y, además, perdurable. En los museos se yerguen hileras de estatuas de piedra; muchas de ellas son hermosas, todas son frías. A veces, sin embargo, una estatua se calienta, cobra vida ante los ojos de los visitantes de un museo. También quisiera yo, con mi mirada afectuosa, hacer revivir algunas imágenes petrificadas del pasado; sí, del mismo modo quisiera sentirme cercano a mi lector. Todo libro es una confesión, y un libro de memorias es una confesión que no trata de ocultarse en las sombras de unos personajes inventados.

2

Nací en Kiev el 14 de enero de 1891; la cifra de 1891 está bien grabada en la memoria de los rusos y también en la de los vinicultores franceses. En Rusia, ese año, azotaba la hambruna. La mala cosecha golpeó a veintinueve provincias. Lev Tolstói, Chéjov y Korolenko intentaron auxiliar a los hambrientos haciendo colectas de dinero y organizando comedo-

res. Pero todo aquello era una gota de agua en el mar y, durante mucho tiempo, 1891 se conoció como «el año del hambre». Los vinicultores franceses se enriquecieron con el vino de aquel año: la sequía quema el grano, pero mejora la calidad de la uva; las fechas aciagas para los campesinos de la región del Volga coinciden invariablemente con fechas alegres para los vinicultores de Borgoña y Gascuña; todavía en la segunda década del siglo XX, los entendidos buscaban vinos marcados con la fecha de «1891». En 1943 llegó a Moscú, procedente de Leningrado, a través del «camino de hielo», un vagón del añejo Saint-Émilion de 1891. El Samtrest¹ nos había pedido a Alekséi N. Tolstói y a mí que controláramos la calidad del vino salvado. En las botellas encontramos un agua acídula: el vino estaba muerto (contrariamente a una leyenda ampliamente difundida, el vino, incluso el mejor, perece a la edad de cuarenta o cincuenta años).

1891... ¡Qué lejana parece ahora esta fecha! En Rusia gobernaba Alejandro III. Ocupaba el trono de Gran Bretaña la emperatriz Victoria, que se acordaba bien del asedio de Sebastopol, los discursos de Gladstone, la «pacificación» de la India. En Viena reinaba felizmente Francisco José, entronizado en el memorable año de 1848. Todavía vivían los protagonistas de los dramas y de las farsas del siglo pasado: Bismarck, el general Galliffet, el famoso diplomático de la Rusia zarista Ignátiev, el mariscal MacMahon, Vogt, conocido por nuestros estudiantes gracias al panfleto de Karl Marx. Todavía estaba Engels en el mundo. Aún trabajaban Pasteur y Séchenov, Maupassant y Verlaine, Chaikovski y Verdi, Ibsen y Whitman, Nobel y Louise Michel. Rimbaud y Goncharov murieron ese mismo año.

Si se piensa ahora en 1891, el mundo ha cambiado tanto exteriormente que parece que haya transcurrido no sólo la vida de una generación sino varios siglos. París era una

¹ Organización vinícola georgiana.

ciudad sin anuncios luminosos ni automóviles. Se decía que Moscú era un «pueblo grande». En Alemania vivían sus últimos días los románticos, enamorados de los tilos y de Schubert. América quedaba lejos, en el otro extremo del mundo.

Ni Joliot-Curie, ni Fermi, ni Maiakovski, ni Brecht ni Éluard habían nacido todavía. Hitler tenía dos años. El mundo parecía tranquilo: no había guerra. Italia apenas lanzaba su primera mirada sobre Etiopía, Francia se preparaba para conquistar Madagascar. Los periódicos hablaban de la visita de la flota francesa a Kronstadt. La Triple Alianza contrarrestaría, visiblemente, una entente entre Francia y Rusia. Los amantes de la alta política decían: «El equilibrio europeo salvará la paz».

Rusia permanecía inmóvil. Alejandro III, tras aplastar la *Naródnaia Volia*,² se había apaciguado un poco. Es cierto, coincidiendo con el Primero de Mayo se celebró una pequeña manifestación en San Petersburgo. Es cierto, en Samara Lenin leía a Marx. Pero ¿acaso podía inquietar eso al zar todopoderoso? Imperturbable, Alejandro III se llevó la mano a la visera cuando, durante la visita de la flota francesa, la orquesta tocó *La Marsellesa*. Decía, satisfecho: «Se ha iniciado la construcción de la vía del Transiberiano, pronto se podrá ir en tren desde Irkutsk hasta Moscú».

El Primero de Mayo era una novedad. En la colonia obrera de Fourmies, en el norte de Francia, la policía abrió fuego en 1891 contra los manifestantes. Los periódicos escribían: «Reaparecen las sombras funestas de los comuneros».

En Alemania se acababa de fundar con grandes solemnidades la Liga pangermánica. Se hablaba mucho del espacio vital, de la misión de Alemania, de campañas venideras, y los padres de los futuros SS gritaban: «*Hoch!*».

Jaurès escribía en sus artículos que los vencedores no serían los verdugos de Fourmies, sino los obreros, los internacionalistas, los defensores de los derechos del hombre.

² La Voluntad del Pueblo: organización revolucionaria rusa.